



LA BUENA FAMA

NOVELA POR
PEDRO de RÉPIDE

Ilustraciones de Agustín

Ayuntamiento de Madrid

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-6 de Octubre de 1911.-NUM. 249

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: **80** céntimos.

COLEGIO DE SAN IGNACIO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Clases amplias é higiénicas; completo material de enseñanza; gabinetes de ciencias; gimnasio. Pídanse reglamentos. Se admiten internos.

Costanilla de los Angeles, 3, MADRID

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dentrífico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimidas de bi-
carbonato de sosa á
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

“EXODO”

Ayuntamiento de Madrid

por RAMON PEREZ DE AYALA

LA BUENA FAMA

I

Ninguno entre los habitantes de la vieja ciudad hubiera sido osado de traer en lenguas el buen nombre y la altísima fama que por opinión de todos gozaba la magnífica señora Doña María de la Visitación de los Lumbrales. El prestigio de su hermosura, unido al renombre de sus virtudes, eran proverbiales en toda la provincia de Castilleja, y en la vetusta capital, Doña María de la Visitación hallábase erigida en espejo de elegancias, modelo de prudencia, ejemplo de bondades y cumplidísimo dechado de perfecciones femeninas.

Partía la ilustre dama sus estancias en la ciudad de Castilleja, entre su posesión del Encinar, finca espléndida de recreo como de renta, y su palacio de la calle del Obispo, la principal por su amplitud, comercio y movimiento de cuantas poseía la antigua capital provinciana. En esa casa señorial solía reunir, llegando días señalados, á algunas personas escogidas entre lo mejor de la localidad. Los próceres castilledenses tenían como honor insigne acudir á la tertulia de la buena Doña María. Hasta el mismo prelado de la diócesis no se desdeñó en ir alguna tarde á tomar el chocolate en el anchuroso salón donde se congregaba la corte de la bella y piadosa señora.

II

Aquella presencia del antistite en el solemne caserón de la calle de su nombre, dió el mejor

tono, por si algo las faltara, á las reuniones de Doña María de la Visitación. Los magistrados más austeros y los rancios aristócratas que apollaban sus blasones en las moradas solariegas, autorizaban de continuo con su presencia aquellos amistosos conciliábulos vespertinos. Pues ni decir es necesario que una casa tan seria, dentro de una ciudad más seria todavía, no podía abrir sus puertas, una vez sonadas las nueve de la noche, y aun puede decirse que después del toque de oración no se abrían más que para dar salida á los asiduos que habían cuidado de trasponer el zaguán antes de que el cielo se hubiese completamente anochecido.

Lícito era murmurar de cualquier mujer en Castilleja. En los dos cafés de la ciudad, en el Casino, en los corrillos de la Alameda, podía echarse á la rebata la buena reputación de la alcaldesa, de la hija del registrador ó de la estanquera de la calle de los Seises; pero si algún deslenguado osare, por mal de su sino, insinuar de una manera ligera y aun velada la menor alusión á la intangible é indiscutible castellana del Encinar, pronta y unánime protesta hubiera atajado la naciente difamación.

III

Era una vez en que llevóme á Castilleja el amor á las ciudades muertas que guardan un tesoro de gloria en sus catedrales, en sus murallas y en sus monumentos todos, y conservan un mundo de recuerdos en sus callejas solitarias

sus portones, sus rejas labradas y sus balcones esculpidos en la berroqueña, ya renegrida por el aliento de los siglos.

Recio, intenso y nobilísimo placer es éste en que templamos nuestras almas, hundiéndolas en baño secular. Las piedras, más fuertes que las generaciones, nos hablan al espíritu con oráculo de maravilla, y son sus remembranzas ejemplos para grandezas que imitar ó para errores que eludir. Como al conjuro de un sortilegio extraño, las sombras de los seres que fueron surgen sobre el mismo escenario que tuvieron en vida. Y á nuestros ojos se rediviven sus tragedias ó sus grotescas bufonadas. Sus dolores, sus afanes y sus miserias pasan otra vez en ensueño por donde un día pasaron en verdad.

Y al correr de una de esas mis andanzas, repito, dí conmigo en la augusta Castilleja, corte un tiempo de los monarcas castellanos; cuna de ínclitos varones, briosos capitanes, teólogos insignes, altísimos poetas y físicos gloriosos; emporio de comercio, manantial de riqueza, cobijo de las ciencias y asiento de las artes.

Hoy ya no es más que la humilde capital de un gobierno civil de tercera clase, visitada durante el año por algunos amadores del arte y de la historia, y apenas aumentada en su población durante los meses estivales por una escasa colonia veraniega. Era por los mediados de un otoño cuando llegué, y vueltas á sus nidos madrileños las aves de paso, había recobrado Castilleja su aspecto de costumbre, interrumpido desde Julio á Septiembre por el regalo de cuatro días de música á la semana en el paseo, en lugar de las dos sesiones semanales de jueves y domingos, que era lo estatuido para el resto del año, cuando la banda local buscaba las horas soleadas en la Plaza Mayor en vez del fresco ambiente de las noches en la alameda de García Bermúdez.

Había en la ciudad algunas personas previamente advertidas de mi llegada, y conté desde el punto de mi arribo con afectuosos y honorables cicerones. Pasáronse dos días en escudriñar la catedral y el claustro de las dominicas, el atrio de San Bernardo y las tablas de primitivos, con otros primores de orfebrería y vestiduras sagradas que guardaba la sacristía de los Agustinos. El puente romano y el castillo milenario completaban el programa, con más las obligadas excursiones á la ermita románica de San Gun-

demaro, enhiesta sobre una roca al otro lado del río, y el pintoresco paseo por la cuesta de las Tenerías, escaparate de la bribia y archivo de la gallofa de Castilleja.

Pero aún quedaba para mí lo más bello y más interesante del viaje. Ese goce verdaderamente inefable de descubrir por mí mismo rincones de la villa, atisbar tal artístico herraje de una puerta, escudriñar la labor de un capitel, preguntar su secreto á las calles angostas, investigar el misterio de las casas abandonadas...

—Algo se va usted á aburrir—me dijeron mis cicerones—. Aquí no hay dónde ir, como no sea... (y aquí tomaban un aire solemne) como no sea que concurra usted á casa de Doña María.

—¿Y quién es Doña María?—hube de interrogar yo, que tenía en aquel momento la primera noticia de tan insigne dama.

—Una ejemplar señora. La de García Bermúdez. Está casada con el gobernador en cuyo tiempo se hizo el kiosco de la alameda, y por eso se dió su nombre al paseo. Era ya viuda. Viuda de Zurullo, uno muy rico de aquí, que la dejó un buen capital y amén de otras tierras y fincas el Encinar, que está á dos leguas de aquí, y la casa donde vive, en la calle del Obispo.

—¡Vaya con Doña María!—dije yo, por decir algo—. Por lo visto, es una de las notabilidades del pueblo.

Y mis dos interlocutores se apresuraron á repetirme las alabanzas á Doña María de la Purificación de los Lumbrerales de García Bermúdez, ex viuda de Zurullo y prez de la sociedad castilleña.

En el casino y en la fonda torné á escuchar de labios diferentes idéntico concierto de loores á tan magnífica señora, á quien el único periódico de la localidad, *El grito de Castilleja*, que gozaba fama de maldiciente y poco respetuoso, dedicaba noticias y referencias llamándola la ilustre dama. Supe que la tal señora, en el cénit de su segunda juventud, se encontraba todavía de buen ver, y que tenía poco trato con su esposo, que la conoció y casó con ella cuando vino de pretor á la ciudad. Todo el mundo la compadecía en su matrimonio, y ponían á García Bermúdez de titere y de trasto que no había por dónde cogerle, lo cual prueba que le habían conocido perfectamente, por cuanto eso, que ya lo habían averiguado en Madrid, empezaban á saberlo también en provincias.

Al otro día, mi buen amigo Don Santos Legajo, jefe de la biblioteca provincial de Castilleja y uno

familiar, al que enganchaban las mulas más fuertes y hermosas de sus cuadras, era el vehículo que había de servirnos para llegar, en compañía del canónigo doctoral y de una merienda co-



de mis amables acompañantes, hubo de invitarme, en nombre de Don Isidro Retamales, que era el otro de mis cicerones y uno de los ricachones de la villa, á llegarnos en son de paseo hasta la finca del Encinar.

El coche de Retamales, un amplio y cómodo

piosa y realmente digna de una deglución canónica, hasta una fuente manantial que junto á las tapias del Encinar había, y era famosa por la extremada frescura de sus clarísimas aguas.

Aderezóse el pisolabis para la hora combinada, y vimos aumentada la expedición con la mu-

jer y la cuñada de Retamales, que habían puesto el grito en el cielo al saber que se trazaba comilona sin contar con su apetito, y negáronse por la mañana al condimento de los manjares, si no eran ellas también de la partida. Hubo Isidro de transigir, aunque mal de su grado, con aquellas dos bocas más, á trueque de evitar una huelga cocinil que le hubiese puesto á dieta en su propia casa, cuya despensa guardaba una riqueza de perniles y otras sabrosas vituallas.

Al fin llegó la tarde y nos acomodamos como pudimos. Una de las criadas de Retamales, portadora de cierta cesta descomunal, subió al pescante con el cocheró, y con notable cuanto visible agrado de ambos. Don Santos Legajo, hombre largo y enjuto, especie de lombriz con antiparras, pudo, como yo, tomar lugar cumplidamente, en el interior del carruaje, cuya capacidad amenazaban las cuatro opulentas personas de Isidro, el doctoral, y las dos mujeres, una de las cuales llevaba también bajo su férula otra cesta repleta de viandas y bebidas.

Antes de subir al coche la mujer de Retamales, sabia y providente administradora de las cosas de comer y de beber, ordenó una requisa detallada de los víveres dispuestos al embarque.

—¡A ver! ¡La tortilla!

Y la inevitable tortilla de escabeche, que en esta ocasión era, por su tamaño, uno de los más curiosos y notables ejemplares, apareció en una amplia cazuela, y nos mostraba su enorme disco de oro, que decía: ¡Comedme!

—¿Y las chuletas empanadas?

Al punto el manjar requerido presentábase á la mirada inquisidora.

—¿Dónde está la langosta? ¿Dónde van los pollos? Evarista, ¿no ves que estás chafando esa lechuga con esa tartera encima? ¡Jesús, y que no pueda una descuidarse un momento!

La revista continuaba, y á la voz de mando de la mujer de su casa, presentábase ante sus ojos escrutadores la cazuela de arroz con leche, sobre cuya blanca superficie se dibujaban con canela las iniciales del anfitrión. Más allá denunciaba, bajo un albisimo paño, su turgente esfera, una sandía, cuyas excelencias no se cansaba Isidro de profetizar. Y pásense por alto, entre una selva de botellas, la varia frecuencia de otras frutas y quesos, los blandos y blancos panecillos, los bizcochos monjiles, las barras de salchichón y los tarros atestados de pepinillos y aceitunas.

—¡No decía yo que faltaba algo!—clamó, enérgicamente la de Retamales, mientras el padre doctoral, que se había calado las áureas gafas, abría ojos, narices y boca ante la contemplación de tanta belleza.

—¿Qué falta?—rugieron á un tiempo mismo Isidro y su cuñada. La doméstica temió ser acremente reconvenida, y el orondo canónigo tembló también al pensar que la lista de la merienda podía verse menoscabada en su respetable integridad. Yo, por mi parte, participé, y creo que conmigo el señor Legajo, de la ansiedad del concurso.

Mas no tardaron la tranquilidad y la alegría en tornar de consuno á nuestros corazones, cuando vimos á Doña Lorenza, que así se llamaba la señora de Retamales, volver á aparecer tras de rapidísima incursión en el interior de la casa, y reaparecer blandiendo entre sus robustas manos, y con aplauso del respetable senado, uno de los mejor colondos y curados de los jamones que guardaba la despensa de aquella casa, tan propicia al sustento de sus afortunados moradores.

Recibióse con vitores la aparición de Doña Lorenza, y todos convinimos en concederla un voto cordialísimo de gracias. Con lo que, ya convenientemente dispuestos para el fin á que habíamos consagrado la tarde, quiso el Señor que, previos dos trallazos que restallaron en el suelo, arrancasen las mulas y pusieran el tren en movimiento, entre la algarabía de los sonoros cascabeles.

V

Traspuesto que hubimos las murallas por la puerta de Valquejido, vimos ya dilatarse ante nuestros ojos la vega anchurosa y feracísima que se extiende á las márgenes del Nívero. Era una bella tarde otoñal, y el campo tenía, como el cielo, una tonalidad tan suave como amable era la serena temperatura del ambiente.

Corría el coche, y dentro de él el buen humor, que escapaba por boca de todos. No era el grave doctoral el menos regocijado de la compañía, y hasta Don Santos Legajo, imponente de seriedad habitualmente, llegaba á menudo hasta el límite de la sonrisa, y alguna vez se arriesgaba, aunque no siempre con fortuna, hasta el franco reino de la chirigota. Las que alborotaban por siete

y hasta por setenta, y esto no he menester jurarlo para que me lo crean, eran Doña Lorenza y su hermana, que atronaban el coche y aun los aires con sus risotadas y sus voces.

trada del Encinar. Dos lebreles tizianescos corrían delante de Doña María de la Visitación, y volvían sobre sus pasos para lamer las manos de su dueña. Un guarda jurado, escopeta al hom-



Habíamos ya pasado el río, y pronto me señalaron las tapias del Encinar.

—¡Hombre, mírela usted!—me dijo poco después Refamales.

—¿A quién?

—A ella. A Doña María.

Y aunque no era corta la distancia, pude atisbar perfectamente la silueta de una mujer gallarda y elegante, tal como me la habían descrito. Una señora de cierta edad que, según me dijeron, era su madre, acompañábala. Iba esta dama pulcra y severamente ataviada de negro, y no desentonaba junto al noble continente de su hija. Ambas, con lento paso, se dirigían á la en-

bro, seguía en escolta discreta á la castellana del Encinar, que avanzaba pausada y solemnemente con andares de reina.

Admiróme aquel cuadro, y diuté desde luego por feliz á aquella dama que de tal manera vivía. Y más creció de punto mi admiración cuando vi un grupo de labradores y muchachas campesinas acercarse á ella con muestras del más rendido de los respetos. Cambió algunas frases con los hombres, que la escuchaban sombrero en mano, y repartió entre las chicas no sé qué, si monedas ó golosinas. Abrióse la puerta de hierro del Encinar, y aquel concurso que se deshizo en saludos abrió calle para que pasara Doña Ma-

ría, que se perdió bajo la umbría de su finca con el cortejo que trajo por el campo.

Y si mucho sorprendióme la contemplación de tan edificante espectáculo, debo afirmar que maravillóme más el ver que dos mujeres hallábanse acordes para hablar bien de una tercera. Y así aconteció, que Doña Lorenza y su hermana dijeron, refiriéndose á la de García Bermúdez:

—Es toda una señora.

—Una perfectísima señora.

VI

Al siguiente día, rememorando aún con una fruición extraordinaria las suculencias de la comida campestre, en la cual no hubo más incidente desagradable que lamentar sino la indisposición que era de esperar en Don Santos Legajo, hombre poco acostumbrado á esos excesillos y desdenador del agua fresquísima del manantial que sirvió de pretexto para el ágape, recordaba yo la indeleble visión de paz y de solemnidad que hube de recoger al paso del coche por las cercanías de la puerta del Encinar.

La excelentísima señora Doña María de la Visitación de los Lumbrales de García Bermúdez, ex viuda de Zurullo y ex gobernadora de Castilleja, me inquietaba con su recuerdo y despertaba en mí vehementes deseos de conocerla y de tratarla. No es caso baladí el de una mujer que, joven aún y hermosa todavía, ha llegado á fijarse una posición cómoda y noble, y aquietar la vida hasta el extremo de que sea para ella como el lago más claro, más terso y más tranquilo.

Mi reciente amistad con el padre doctoral facilitábame ocasión inmejorable para obtener el acceso á la tertulia del palacio de la calle del Obispo. No deseaban aquellas buenas gentes con quienes yo trataba en Castilleja otra cosa más que servirme y atenderme, y así fué que mi legítima y, en medio de todo, modesta ambición, estuvo pronto en sazón de ser lograda. Vuelta del Encinar nuestra buena señora, reanudábanse sus reuniones en su casa de la ciudad, y el grave doctoral hubo de ser, en efecto, el Mentor que me acompañase á la gruta de esta nueva Calipso.

VII

Caja la tarde cuando llegábamós al noble caserón de la calle del Obispo. Cerradas las mag-

nas hojas del portón, quedaba entornado el portillo que en una de ellas se abría, y por él hubimos de entrar en el zaguán, cuyos ámbitos amplios no acertaban á iluminar la lámpara que había sobre la entrada de la escalera. Llegados al piso principal, un criado nos franqueó la entrada. Hallé un vestibulo solemne con grandes lienzo de añejas pinturas ornando sus muros, y arcones suntuosos componiendo la severidad de la estancia. De allí pasamos á un breve gabinete cuya puerta abríase frontera, y torciendo á la diestra, pusímonos en el umbral de un salón tan dilatado que en aquella penumbra era difícil distinguir las figuras de quienes se encontraban en su recinto.

Una lámpara amortiguada por su pantalla de verde cristal y puesta sobre la mesa donde cuatro contertulios jugaban al tresillo, era la luminaria única que ofrecía aquel vasto aposento. Junto á la mesa del tresillo había otra donde tazas de finísima porcelana japonesa aprestábanse á recibir el hirviente chocolate. En salvillas de plata disponíanse los bizcochos para el sabroso soco-nusco, y los volados para el agua serenada en fresquísimo barro. De plata y rico cristal era el azucarero. Y más allá, los cuencos del aguamamos mostraban sus alvéolos como admirables ejemplos de la clásica cerámica española.

Cuatro grandes tapices ostentaban los muros del salón. Dos de ellos bíblicos, y los otros dos de asuntos mitológicos. En los primeros, la reina de Saba, magnífica y fastuosa, visitaba á Salomón, y en la pareja, el sabio rey decidía el pleito de las madres. En los segundos, veíase á Diana en triunfo venatorio, y á Hércules vencedor del Minotauro. En el testero principal había un viejo lienzo cuya pátina escondía casi por completo la pintura, y frente á él, en el espacio comprendido entre los dos balcones, había otro cuadro añejo sobre la enorme consola, que sustentaba un gran reloj dorado y dos candelabros de brazos múltiples.

De damasco carmesí ya obscurecido por el tiempo eran el sofá y los sillones que componían el estrado, bien así como el resto de la sillería que amueblaba el salón. Y del mismo damasco eran las cortinas que vestían los balcones. Una esterilla fina cubría el piso, y en su mitad erguíanse los braseros tradicionales, dos copas de bronce bruñido como oro y sustentadas sobre trípodes.

Sentada en el sofá daba plática á otros visitantes Doña María, cuando al apercibir nuestra presencia irguióse para salir á nuestro encuentro. Mostraba el mismo majestuoso continente y la misma gentilísima apostura que cuando la vi hacer su entrada en el Encinar con aparato de

Pero ella, sin descomponerse, afable y cortés como quien habla por vez primera con una persona, invitóme á tomar asiento en el estrado junto á ella, y poco después á que participara del monacal brebaje que en la vecina mesa estaba deparado.



reina campesina. Una vez que el padre doctoral hizo nuestra presentación, villa acercarse para recibir mi saludo y ofrecerme su amistad y su vivienda con la cortesanía de una bienvenida afectuosa y sencilla, desprovista de toda afectación. Yo fui quien no pudo responderla con el mismo tono natural, porque cuando escuché su voz y contemplé su rostro no pude por menos de asociar recuerdos y revolver dudas en mi magín.

—Esta mujer...—me dije—. Esta mujer la he visto en alguna parte. Y no era entre canónigos precisamente, aunque podía haberlo sido.

Y entre las vulgaridades de rúbrica, las presentaciones á las restantes personas del concurso, todas ellas de lo más calificado de la ciudad, y aquello de «¿Viene usted por mucho tiempo?» Y «Aquí hay mucho que ver». «Nosotros le acompañaremos á usted», inicióse la conversación general sin que yo dejara de escudriñar discretamente la fisonomía de la dueña de la casa cuanto me permitía la escasa luz del salón, y sin que ella, más discretamente todavía, demostrase darse por enterada, ni manifestara preocuparse por el disimulado examen de que era objeto.

Un grito buido y penetrante se oyó desde el salón. Puestos todos en pie con el natural sobresalto, oímos en seguida unos penetrantes y prolongados alaridos que ponían espanto en cualquier ánimo.

—Es Rosina—dijo Doña María.

—¡Pobrecita!—repuso el doctoral—. Siempre dije que esa chica tenía el enemigo en el cuerpo.

Y cuando nos disponíamos á informarnos personalmente de lo ocurrido, abrióse una puerta, y bajo su dintel apareció la dama respetable que hube de ver en el campo al lado de su hija. Sólo que ahora, vista de cerca, ya no me pareció tan venerable.

—¿Qué ocurre, mamá?—preguntó Doña María.

—Es Rosina, que grita y se revuelve como si tuviera los demonios dentro—contestó la recién llegada.

—Y los tiene y los tiene—repitió sentenciosamente el canónigo.

Yo, por mi parte, desvanecí en aquel punto mis dudas anteriores. La respetable dama no lo era tanto como parecía, sino que me recordó más bien á aquella Romualda que yo conocí en un tiempo y muchos la conocieron como yo, al lado de Visita, la *Cotillera*. ¡Oh, *Cotillera* insigne, quién te había de ver, andando el tiempo, trocada en la excelentísima señora Doña María de la Visitación de los Lumbrerales de García Bermúdez, ex viuda de Zurullo y ex gobernadora de la muy noble ciudad de Castilleja!

IX

En la pobre Rosina habían hecho presa los demonios. El enemigo malo que no perdona medio de molestar y fastidiar á las ovejas y otros animalitos del Señor, cebábase en la desgraciada criatura, que, sin poder hablar para contestar á las preguntas que se la hacían, retorciase en convulsiones de posesa, ponía en blanco los ojos y no eran bastantes á sujetarla en sus movimientos los fuertes brazos de un mozo de mulas y otro criado de los más fornidos de la casa.

Yacía la infeliz sobre un sofá de enea que había en el cuarto dedicado á los menesteres de labor y de plancha. Allí trabajaba ella sola en el momento doloroso en que hubo de acometerla el

mal. Alumbróse convenientemente la estancia para que pudiese ser asistida la doliente, y entonces vimos bien las caras los circunstantes.

Pronto vi entonces que la vieja Romualda me reconocía, aunque sin llegar á manifestármelo abiertamente, y entonces comprendí también que su hija me había reconocido desde un principio, habiéndolo disimulado sabiamente, como quien á costa de una larga experiencia en la vida adquiere el arte de darse cuenta de todo sin darse por enterado de nada. Pero como esa misma experiencia del vivir la había retorcido suficientemente los colmillos, comprendieron también que, más que hacerse las desentendidas, las convenía una actitud amable, y pude ver cómo ambas me obsequiaban á hurtito de los demás con una rápida mirada y el esbozo de una sonrisa que querían decir:

—Ya sabemos que estás en el secreto. Pero haz el favor de no descubrírnos. Seremos como en otro tiempo, buenas amigas tuyas.

Yo acusé también con la mirada y con otro esquema de sonrisa el acuse de recibo de aquella especie de telegrama, y quedó tácitamente pactada entre nosotros una alianza, en la cual yo pondría mi secreto, que habían ellas de pagarme regalando mi curiosidad.

X

Rosina seguía en tan desesperante estado, que su ama decidióse á mandar venir á un médico que la atendiese con la urgencia que manifestaba requerir. Pero el doctoral, que las daba de exorcista y muy enterado en materia de travesuras de demonios, protestó en nombre de la religión y aseguró con voz enérgica que allí no tenía que haber más ciencia que la suya ni más remedio que la caldereta y el hisopo.

No se mostraba muy conforme Doña María de la Visitación con ese procedimiento terapéutico, y así luchaba entre la idea de disgustar al doctoral, sentando plaza de hereje, y la necesidad que advertía de acudir cuanto antes al remedio del mal. Yo temía ser consultado porque el momento, la ocasión y el lugar eran excepcionales para decidirse por uno de los dos criterios. Entretanto, Rosina, si cesaba en sus gritos por un instante, era para tornar á ellos con más fuerza.

Confirmóse mi temor y pusiéronme por árbitro de tan delicada cuestión. Al fin había que



resolver y resolver pronto. Así me apresuré á decidir el pleito con un eclecticismo que no vacilo en denominar admirable. Probáranse ambos procedimientos, el eclesiástico y el civil, y ellos mismos decidirían á quién pertenecía la excelencia.

XI

Llegaron el sacristán y el doctor. No había cesado el buen canónigo de musitar oraciones delante de Rosina, y al fin recibió con alborozo la llegada del hisopo para proceder al exorcismo.

—No hay sino maldad y perversión y corrup-

ción y vicio en el mundo—decía muy serio y muy solemne.

Los demás hacíamos diversos comentarios al suceso y asentíamos con señales de sincero convencimiento á las palabras del doctoral.

Comenzó muy luego el exorcista su tarea con el fervor de un Froilán Pérez y los ademanes de aquel clérigo calabrés Jenaro Andreini, gran desdemoniador de viejas en la iglesia de San Pedro, en Madrid. Decía el canónigo salmos y ensalmos, y ni Rosina se calmaba ni se advertía ese característico tufillo azufre, que es, según se sabe, la mejor prueba y muestra de la presencia ó reciente paso de Satanás.

Sudaba el doctoral, y acaso no hacía allá en

sus adentros muy piadosas reflexiones, cuando intervino el facultativo, y quiso Dios nuestro Señor que al breve rato nos pudiese mostrar un alfiler considerable qué la desventurada Rosina tenía atravesado en la garganta, y hubiera quizá ocasionado en ella un estrago definitivo de haberse acudido un poco más tarde á su extracción.

Algo corrido el canónigo de su deséxito, marchóse prontamente. Habían ya transcurrido las horas que de costumbre se dedicaban en aquella casa á la tertulia, y desfilaron pronto cuantos acudieron á su entretenimiento y hallaron tan desagradable substitución á su habitual solaz. Ello fué que el azar quiso que, sin ser el hecho notado por lo extraordinario de lo acaecido aquella tarde, quedase yo el último de los contertulios, y á solas con Doña María y con Clara-Romualda, una vez que Rosina fué enviada á su habitación y volvióse la paz de siempre á la casa de la calle del Obispo.

XII

Grande era el edificio como un pueblo techado. Y así ocurría que dos personas, conversando en algunas habitaciones del palacio, podían hacerlo tan en secreto y tan á su sabor como en medio de los campos yermos.

Habíamos quedado, como digo, solos Doña María de la Visitación, su antigua cuanto fiel amiga y aliada y yo. Decidido hallábame á cortar aquella situación, cuando la propia Doña María adelantóse á resolver el caso, diciéndome de buenas á primeras:

—Usted cenará conmigo. Romualda misma va á servirnos. ¡Ay, hijo! No se crea usted que no tenía ya gana de poder hablar á gusto con un amigo de los de entonces.

Acepté verdaderamente regocijado, y cumplí á Visita no sólo por su suerte, sino por su habilidad para mantenerse en la posición adquirida.

—A ratos me aburro un poco—hubo de confesarme en holocausto á la sinceridad—; pero, por una parte, chico, estoy como quiero, y por otra, es tan divertido esto de dársela con queso á tanta gente.

XIII

Cenamos en un gabinetito tapizado con una tela clara, ornada de florecillas á la versallesca. Era la habitación favorita de Visita, donde ella guardaba sus coqueterías y frivolidades y á la cual no conseguía acceso ningún profano.

Fué una comida como de quien sabe vivir y gustar la vida. Platos pocos y exquisitos, rociados con vinos que no desentonaban de las vituallas. Romualda nos sirvió con amor porque se sentía rejuvenecida ante aquel íntimo banquete que la recordaba tantas cosas.

A mí también traíame un mundo de recuerdos la presencia de aquellas dos mujeres, á quienes una feliz ironía del destino había colocado en la alta línea de las respetables é indiscutibles. Desde luego, á más de una suerte excepcional, hallábase dotada Visita de un talento innegable. Lo mismo que atrapó al ricachón provinciano y se dejó luego querer por el politicastro figurón, pudo elegir entre sus cortejos alguno más brillante sin duda, pero más efímero y peligroso. Hubiera sido una mujer de moda para adorno de teatros y paseos, hoteles y balnearios; hubiera excitado una temporada las envidias de las mujeres, pero pronto las habría proporcionado también el natural placer de volverla á ver arrastrando una existencia miserable, acrecentada en sus amarguras con la memoria de tiempos bonancibles. Y ella había poseído el supremo arte de retirarse á tiempo y á buen lugar, instalándose como una reina en una ciudad apartada, y donde nadie conocía su historia, porque el único que podía sospecharla, que era su marido, había de procurar, por la cuenta que en ello le iba, ocultar y aun borrar toda sospecha que pudiera caer sobre el pasado de Visita.

XIV

Y se me fué representando toda la historia de la que un tiempo se conoció con el nombre poco aristocrático de *la Cotillera*.

De su origen paterno no hay para qué hablar, porque no es este lugar de resolver problemas genealógicos, ni de inmiscuirse en tan intrincadas averiguaciones que consumirían largo tiempo y trabajo. Harto hay con saber que fué su madre una de las águilas más caudales en el

florido ramo de fiadoras, gremio al que hubo de acogerse como á puerto de abrigo tras una considerable navegación por el mar de la vida. Murió la madre cuando la chica tenía apenas cinco años, dejándola encomendada á una hermana que se dedicaba al noble ejercicio del tráfico verdulero. No se conocía en casa de la tía Remedios, que este era el nombre de la acogedora de la huérfana, otro desahogo que el que

tencias en el leguminoso comercio. Y en aquel chisconcillo de la calle del Salitre crecía Visita y arrastraba su vida, si así podía llamarse, á la que llevaba por obra y gracia de su suerte.

—¡Chica, que subas las alcachofas al tercero del siete!

—¡Chica, que te estés aquí al cuidao, que voy en *ca* la Anastasia!

Y cuando la noche cogía rendida y soñolienta



caracterizaba al señor Eustaquio, el cual era el nombre del apreciable sujeto que amparaba con su compañía á la distinguida vendedora de legumbres, como suelen llamarse ahora por no se sabe qué afinidad entre las coles y los eufemismos.

Como era de esperar, no tardó mucho tiempo el señor Eustaquio en disolver alegremente los cuatro cuartos heredados de la difunta. Al fin y al cabo, según decía él, no había de faltarla que comer á la huérfana mientras hubiese exis-

à la pobre criatura, todavía la zarandeaba la señá Remedios, haciéndola cargar con una cazuela, sujeta en un pañuelo:

—Pero, *miá* esta vaga. Pues no se está durmiendo la muy... Vamos, anda, que *tiés* que llevar la cena á tu tío, que está ahí en la taberna.

Porque el señor Eustaquio había decidido desenvolver su vida instalado en una banqueta de la tasca de la esquina.

Pero aún era la tía Remedios una verdadera providencia para la chica, y estaba escrito que

no había de gozar una tranquilidad continuada aunque relativa.

Y cierto día de un Noviembre cruel tomó una pulmonía el encargo de mudar definitivamente de barrio á la verdulera.

XV

Cumplía Visita los diez años cuando quedó entregada al dominio del señor Eustaquio, quien poco amigo de perder el tiempo, y decidido á marcar pronto una orientación, siempre que fuese otra persona la encargada de seguirla, llamó á capítulo á la chica la noche misma del día en que fué enterrada la tía Remedios, y endilgóla en estas parecidas palabras, ahuecando la voz, y poniendo seriedad en el gesto, el siguiente discurso:

—Tiempos son estos, niña, en que el vivir cuesta más trabajo que costó nunca. Pero, al fin y al cabo, Dios que aprieta y no ahoga, permite y quiere que todo el mundo, aunque no tenga dinero, disfrute, en vez de caudal, alguna gracia ó arte que le dé para manejarse en la vida. ¿Entiendes?

La chica no entendía gran cosa, pero escuchaba con paciencia el sermón del Eustaquio, que presumía de leido y de orador, y es fama que dejaba boquiabiertos á cuantos le escuchaban en la taberna de la esquina.

—Pues, como iba diciéndote, tú no sé si sabrás que la mujer ha nacido para ayudar al hombre, y ayudar quiere decir no consentir que le falte nada de lo que le sea necesario. Esto viene á cuento de que tu tía (que santa gloria haya, y por allá nos espere muchos años) era, como tú sabes, una mujer tan de bien, que á su lado, en no siendo las ganas de trabajar, no recuerdo que me haya faltado á mí otra cosa. Ella se acabó como todos nos hemos de acabar. Yo voy ya para viejo, y no es natural que haga ahora lo que no hice de joven. Tú eres ya moza, y no fea. Estás sana, y bien puedes hacer algo por ti, y por mí, que al fin y al cabo tienes que agradecerme el amparo que en esta mi casa se te ha dado desde que faltó tu madre (que en paz descansa).

—¿Y qué *quiusté* que haga?— le repuso la chica.

—Ya te lo iré diciendo— contestóla el Eustaquio.

Y allí paró la perorata porque entraron unas vecinas, y un amigo del viudo, y hubo que dedicar un rato á las alabanzas á la difunta.

XVI

En medio de todo, fué respetuoso el señor Eustaquio con la memoria de la finada. Guardóla hasta dos meses de luto. Pero pasados los sesenta días, en los cuales habíase brujuleado con la escasa retribución que obtuvo del traspaso del humilde comercio de hortalizas, comenzó á estudiar un nuevo presupuesto y á decidir el arbitrio de nuevos, y, á ser posible, mayores ingresos en su plácido patrimonio.

Fué entonces cuando un día cogió á Visita, y en nuevo sermoneo, para convencerla de la necesidad de prepararse para la vida, que él no advertía si era para la buena ó para la mala, hubo de notificarla su decisión de llevarla en compañía de una mujer muy arriesgada y diestra en varias artes útiles, á cuyo lado la dijo que habría de hacer, no sólo progresos muy notables, sino con el tiempo maravillas, pues había en ella madera preparada, y las buenas condiciones de la maestra habían de añadirse en este caso á las excelentes disposiciones de la discípula.

Y aquella misma tarde hizola componerse como mejor pudo y llevóla hasta la calle de San Vicente Alta, donde haciéndola subir hasta el piso cuarto de una casa, púsola en presencia de una mujer ya madura, que se deshizo en alabanzas á la muchacha que la entraban por sus puertas.

—Aquí la tienes, Romualda— decía el señor Eustaquio, presentando á Visita.

—Ya la veo, ya la veo, pimpollito de mis ojos— decía la zalamerona de la visitada—. ¡Ay, y qué criatura más fina! ¡Si esto es una joya! Pero y con esa cara, y ese talle, y esa simpatía que va derramando sal por donde pasa, y la tenían encerrada en un tabuco. ¡Si eso era un crimen! Ya verás, ya verás, Eustaquio, cómo á esta niña se la saca adelante. ¡Dentro de cinco años vas á armar una revolución, muchacha!

Y el señor Eustaquio corroboraba el aserto:

—Anda, que si ella te hace caso y se aplica, carrera puede hacer.

La chica nada decía, y aun puede afirmarse, en descargo suyo, que no entendía tampoco lo que

la querían decir. Limitábase á sonreírse, á mirar ansiosamente á aquella Romualda, que tan prestamente habíase prendado de ella, y á acariciar un enorme gato negro que enarcaba el lomo bajo el halago de la suave mano de Visita.

Y en aquella casa quedóse, sin sentir ciertamente la nostalgia de su antigua vida en el chis-

algún café céntrico, donde ocupaba alguno de los sitios más visibles. No faltaba nunca un caballero que se acercase á su mesa, pagando el consumo á ella y á la chica. En cambio, solía el anfitrión llevarse referencias que solicitaba acerca de tal ó cual mujer cuyo trato le era por lo visto menester con cierta urgencia y aun la promesa de encontrar seguro asilo y cómodo refugio en casa



cón de la calle del Salitre. A poco tiempo aprendió, no sin cierta extrañeza, que tenía que llamar madre suya á aquella señora Romualda que tan cariñosamente la acogía y á la cual acompañaba en sus paseos ó en sus largas estancias en los cafés más concurridos de la corte.

Salía la madre Romualda ataviada severamente de negro y tocada con manto á lo viuda. Hallábase todavía de buen ver, y con su aspecto de seriedad y la compañía de la chica, que tanto la autorizaba con su aspecto de hija, recorría las calles, daba todas las tardes su paseo por la de Alcalá y terminaba su correría aposentándose en

de Romualda para sus entrevistas con la dama elegida y codiciada.

Y así advertía también Visita la frecuencia con que subían á descansar al cuarto de Romualda algunas señoritas que hacían aquella escala con bastante frecuencia. Por cierto que solían coincidir con algunos caballeros que casualmente pasaban por aquélla, y si era en verano para defenderse del calor y si en invierno para guarecerse de la lluvia y del frío, molestábanse en trasponer los escalones que llevaban hasta aquella casa, que era, en efecto, un cómodo y tranquilísimo refugio.

Así fué pasando el tiempo y así fué creciendo y desarrollándose Visita, que se hallaba muy á gusto, sin haber vuelto á ver á Eustaquio y sin acordarse para nada de su desagradable época infantil. Ahora comía bien, vestíase bien y hallábase á todas horas atendida y mimada.

XVII

Visita había llegado á cumplir los quince años.

Romualda seguía con sus negras tocas de viuda, y allí, el que buenamente quería picar, picaba, y en aquella tienda compraban hasta los que la conocían. Llegó el día en que determinó poner de largo á Visita, y con ello hizo fiesta, á la cual no invitó á sus amigas, pero sí cuidó de que no faltaran sus amigos. Todos ellos cantaron las alabanzas de la mujercita y aun se arriesgaron á pretenderla, pero sin éxito ninguno. A bien que Romualda se la había llevado de rositas de las manos del señor Eustaquio para que viniese cualquiera con sus manos más ó menos lavadas á alzarse con el pimpollo.

Por las noches adiviaba algo Romualda su luto pertinaz y solía acudir á las últimas funciones de Apolo ó de la Zarzuela, donde el palmito de su chica no pasaba nunca inadvertido y sacaba siempre tras de sus encantos algún rendido cortejo. La táctica había variado, y ya no había aquellas exhibiciones en los cafés más céntricos, sino las discretas estaciones en cafés más tranquilos. En cambio, habíase inaugurado para Visita la época de los reservados en algunos establecimientos adecuados.

La vida de Visita tuvo entonces una mayor variedad, que sabiamente administrada por su fiel guardadora, aumentaba considerablemente los ingresos en su santa casa. Cierta noche fué seguida desde la Zarzuela hasta el café Habanero por dos galanes que, al llegar á la esquina de la calle de Valverde, determinaron claras conclusiones para finalizar el escarceo con que divirtieron su camino. Eran pintores, y solicitaron de Visita que les sirviese de modelo. Romualda, al principio, hizo como que se indignaba con aquellos tan sabido de

—¿Por quién nos han tomado ustedes?

—A ver si se han creído ustedes que nosotras somos de esas.

Peró el inmediato ofrecimiento de algo con que sostener las fuerzas allá en el entresuelito

del café, hizo variar el gesto y el tono de la voz á ambas mujeres, que se apresuraron á rectificar sus anteriores palabras:

—No vayan ustedes á enfadarse porque les hayamos hablado así. Porque ya se sabe, en viendo dos mujeres solas, todo el mundo se cree con derecho á abusar.

—No, mamá. Si yo desde un principio comprendí que eran unos jóvenes muy decentes.

Y poco después corroboraban su afirmación ante la ternera y los langostinos que la galantería de los artistas hubo de poner ante sus apetitos, siempre abiertos.

Y al día siguiente de aquel encuentro conocí yo á Visita en el estudio de mis amigos Carlos Valdés y Pepe Monegal, muchachos, no profesionales de la pintura, sino chicos bien acomodados que tomaban el pretexto de emborronar lienzos para divertir sus ocios, y tener en su estudio un local apropiado para juergas y jaranas, comilonas copiosas y conciertos tan pronto serios con lo más escogido de las obras capitales de música de cámara como los más flamencos y por todo lo alto, con el natural y bellissimo concurso de *cantaoras* y *bailaoras* de fama.

Tan bien lo pasaron aquella tarde, en que se vieron atendidas y agasajadas como no tenían costumbre de serlo, que desde luego, mostrándose encantadas de aquella sociedad, acordaron que Visita serviría de modelo para un lienzo de Carlos Valdés, un famoso lienzo proyectado hacia diez años y comenzado hacia cinco. Borrado y vuelto á empezar cada dos meses, reformado tan luego como pasaban dos días desde la última innovación. No puede determinarse el asunto que representaba, porque cuantas veces fué interrogado su autor sobre tan interesante punto, no supo contestar á ciencia cierta.

XVIII

El estudio de los falsos pintores estaba en la calle de Almagro, en una casa enorme, cuya misma magnitud era una garantía de la independencia de cada uno de los inquilinos. Tenía el taller en cuestión una espléndida galería de cristales que dominaba el campo hasta el Guadarrama, y daba el resto del recinto idea de un apartamento absoluto del mundo.

Así era de propicio para la organización de fiestas, donde no había temor de molestar á na-

dió con los rumores de la música ni con los penetrantes jipíos del cantar flamenco, á más del estruendo del baile sobre el tablado, cuyo uso natural en aquel lugar debía ser el de servir como plataforma á los modelos. Aquella tarde había hólgorio, y una buena cantidad de sabrosas vituallas, acompañadas de un ejército de botellas repletas de áureos vinos, prometía á quienes concurriesen al estudio una tarde entretenida y aun quizá exaltada en sus finales.

Yo tuve el buen acuerdo de no asistir á la pequeña saturnal que se preparaba; pero recuerdo que, yendo en aquel anochecer por la calle de Hortaleza arriba, oí que me llamaban con alegres gritos desde un coche que cruzaba á todo escape y se detenía á par mío, y del cual salían voces que parecían un pronunciamiento:

—¡Viva la libertad!

Y otros gritos de política privada, que me llevaron á la inmediata suposición de quiénes podrían ser los ocupantes del vehículo sublevado.

—¡Muera la Romualda!

Hube de acercarme, y vi á Carlitos Valdés y á Visita que alborotaban y reían.

—Pero ¿qué es eso? ¿Dónde vais?—les pregunté.

—¡A emanciparnos! En el estudio hemos proclamado la revolución. Cada uno se ha erigido en cantón independiente y ha tirado por su lado—decía Carlos entre vaharadas de manzanilla. Y seguía entusiasmado:—Mira, mira qué ciudadana me ha correspondido en el reparto social. Allá arriba no ha quedado nadie más que el gato y la Romualda, ¡ja, ja!, la Romualda, que está hecha un cesto, roncando debajo de una mesa. ¿Está curda, sabes?

—Sí, por las señas...

Visita reía á grandes y sonoras carcajadas, encantada de su liberación.

—Y ahora nos vamos, nos vamos á...

—Sí, sí, á donde queráis. No me lo digas, y menos á gritos.

—Ya te escribiremos desde donde estemos. Adiós. ¡Viva el amor! ¡Viva la libertad! ¡Arrea, cochero!

Y el coche arrancó de prisa y se perdió calle adelante.

Eran las ocho de la mañana siguiente cuando Visita cruzaba sola la Puerta del Sol, y se disponía á embocar por la calle de la Montera arriba. No es indispensable detallar qué había sido de nuestra heroína durante la noche, y baste saber que apareció compuestita, bien refrescada, lavada y peinada, ni que ningún detalle exterior pudiese hacer sospechar el desorden de la velada.

La procesión iba por dentro. Refugiada en seguro puerto durante la noche, no había querido, sin embargo, una vez que recobró, con la llegada del nuevo día, la claridad de su juicio, prolongar aquella situación que, aun dentro de su vida, poco normal, hallábase desde luego fuera de la normalidad.

No insistió mucho Carlos, adormilado y cansado, en emplear argumentos para retenerla junto á él. Dejóla partir, y ella apresuróse á ataviarse de manera que no pareciese sino una buena muchacha que madrugaba. Aquel pudor para satisfacción de las criadas de servir era lo que más la preocupaba.

Salió á la calle, y recibió una desagradable sensación de novedad. Aquella pregunta que ella se había formulado muchas veces de recién levantada á las tres de la tarde, repetíasele ahora en frente de la realidad.

—¿Qué tiene uno que hacer por la mañana temprano? ¿Qué gentes andan por la calle?

Y evidenció sus presunciones. Es la hora en que triunfan las criadas de servir. Unas en las aceras, obstruyéndolas con su paso, abultado por las cestas enormes. Otras desde los balcones sacudiendo sobre el desgraciado y misero transeunte, porque misero y desgraciado tiene que ser el que á esas horas ande obligatoriamente por la calle, las alfombras y los vestidos. Los carniceros, los lecheros, las verduleras, las cambiantas, levantan una confusa algarabía parloteando con las maritornes. Los empleados de poco sueldo, que son los únicos que van á la oficina á tales horas, pasan de prisa y gruñendo, unos con otros si van acompañados, y con quien tropiezan en el camino si van solos. Las burras de leche vienen de retorno de su misión tintineando sus esquilas. Y berrean los niños llevados al colegio mal de su agrado, dejándose arrastrar por las manos de la criada si el papá

es hombre civil ó por el asistente si goza de fuero militar. Los barrenderos, entretanto, levantan tupidas nubes de toda suerte de porquerías al barrer el suelo. La perspectiva para el infeliz madrugador no puede ser más agradable.

Todas estas reflexiones hacíaselas también Vi-

ta para comprender que se las había con un elemento aprovechable. Era el eterno caballero bien acomodado que viene de provincias á arreglar asuntillos en la corte y aprovecha el día desde por la mañanita temprano.

—¡Madrugadora!—atrevióse á decir el hombre gordo, poniendo su paso al par del de Visita.



sita mientras se dirigía á su casa, dispuesta á arrostrar las iras de la Romualda, á quien suponía ya libertada de su cautiverio en el estudio. Y cuando entraba en la calle de la Montera halló cómo tropezaba con su mirada la de un señor obeso con trazas de ricachón de pueblo que lucía un brillante muy gordo en un dedo y no hacía más que limpiarse el sudor de la frente para que rutilase la sortija. Bien se veía que aquel no era un trasnochador. Había vivido lo suficiente Visi-

Ella no contestó. Púsose colorada. Adoptó una actitud de hija de familia, ofendida por un atrevimiento, y apretando el paso metióse en la iglesia de San Luis. El hombre gordo, intrigado precisamente con aquella seriedad de la muchacha, entróse tras ella en el templo. Poco debía tener que hacer en el momento el forastero, ó muy pronto y fuertemente habíase prendado de la chica, porque Visita, decidida á probar la paciencia de su flamantísimo cortejo, escuchábase

toda una misa con el mayor de los recogimientos y el más admirable de los fervores.

El aspecto de la devota joven, su modestia y la bondad que revelaba su continente, hiciéronle al caballero del brillante seguir á su reciente dama. No atendióle ella por el camino, descuidando el corresponder á sus miradas; parte porque así convenía á la táctica de aquella operación, parte también porque las fatigas de la noche pasada no la dejaban ánimo para extremar su arte en el agrado. Al torcer la esquina de la calle de San Vicente, atisbó á Romualda en la puerta de la casa, también vestida y arreglada, como si nada hubiera ocurrido la noche antes, y mirando á un lado y á otro de la calle como si esperara su llegada, antes de lanzarse en una peregrinación indudablemente encaminada á la investigación de su paradero.

Comprendió al punto Visita la inminencia de una reconvención, subida de tono por parte de Romualda, y el peligro que aquellas voces habían de representar para la conservación del hombre serio que venía detrás. Así adelantóse con raudo paso, y antes de que Romualda pudiese formular la menor protesta, ya ella había dicho por lo bajo algo misterioso, que fué como el aceite arrojado sobre las olas para calmarlas. Romualda tornóse sonriente y á tiempo de que el provinciano pasaba y pudiera escucharla, decía á Visita con el mayor amor:

—Pero, niña, ¿no sabes que no me gusta que vayas sola á misa? Ese afán de madrugar para atender á tus devociones y tus lecciones, va á acabar contigo. ¿Cómo has vuelto tan pronto de la academia?

—Porque era el santo de la directora y yo no me acordaba. No he estado allí más que un momento, otro rato en San Luis, y en seguida á casa. ¿Dónde querías que fuese sola?

Y el hombre gordo quedó tan satisfecho y tan edificado, que dijo para sí, mientras se prometía no abandonar aquella pista, que podía ser acaso la de su felicidad:

—Tendría gracia que me enganchase yo ahora y volviese á Castilleja casado. Dicen que al que madruga, Dios le ayuda. ¿Quién sabe si el ser tan duros los colchones de la fonda será el motivo de un cambio de mi vida?

Y mentalmente encomendóse á la bondad de Dios.

XX

Y un día recibióse en la vieja ciudad de Castilleja la siguiente carta:

«Mi apreciable y querida tía Nicolasa: Sabrás cómo vine á Madrid por dos ó tres días para arreglar con los marqueses los asuntos de la hipoteca y entrar en posesión de la casa-palacio de la calle del Obispo, en vista de que no me han devuelto los cuatro mil duros que les presté. Y vas á tener el gusto de que te diga que me alegro de lo de los marqueses, porque no se va á desperdiciar el caserón, y esto te lo digo á propósito de que el casado casa quiere, y las cosas han venido de manera que salí de Castilleja soltero y he de volver con una bendición encima.

«La que ya puedes llamar sobrina tuya es una señorita muy fina, bien educada, temerosa de Dios y mujer de su casa. Según me he enterado es huérfana de un coronel, y vive con su madre, que es una santa señora, aunque se llama Romualda. Mi futura se llama Visitación para lo que tú gustes mandar, y no tardarás en conocerla, pues es tanto el cariño que me ha tomado, que está dispuesta á vivir en esa y no volver á Madrid en jamás de los jamases. Ella irá á Castilleja, y será una señorona como la correspondiente, y hará rabiar á las cursiles de por allá.

«Y sin más se despide con lo que le quieras mandar tu sobrino que lo es

»BALTASAR ZURULLO.»

XXI

Y la entrada de Visita en Castilleja fué triunfal.

Por no estropear la combinación no fué Romualda, cuyo contacto con la tía Nicolasa hubiera podido ser detonante. En cuanto á la reciente señora de Zurullo no había cuidado. La tía Nicolasa estaba deseando que su sobrino sentara la cabeza, según ella decía, aunque el infeliz no contaba como base de su fama de calaverón incorregible más que el haberse atrevido á convidar en el café más visible de la ciudad á alguna que otra tiple de las compañías trashumantes de zarzuela, y á haber llevado como piedra de escándalo á Castilleja dos ó tres números de *Vida Galante* y de *La Saeta*, que compró atrasados en un baratillo de Madrid.

Y las comadres de la vieja villa, que estaban deseando saber cosas de la recién casada, que vivía hecha una señora en la calle del Obispo, y contaban con la murmuración natural de la tía Nicolasa, que la visitaba todos los días, lleváronse un solemnisimo chasco en sus deseos, porque con notable sorpresa suya oyeron hacer á la pariente los más cumplidos elogios de la mujer de Baltasar:

—Es una santa—decía Doña Nicolasa—. Básteles á ustedes saber que, sin conocerme, me ha traído de Madrid un corte de vestido de *gró negro*, que ya me lo verán ustedes para el domingo de Ramos.

Y acompañaba el elogio con el ris-ras de un enorme abanico con el cual no se daba aire nunca, pero lo abría y cerraba constantemente con notable molestia de las personas nerviosas que la escuchaban.

La buena fama de Visita, de cuyas excelentes cualidades estaba encantado su marido, aumentaba con la táctica sapientísima de no dejarse ver en público más que en contadas y solemnes ocasiones, y en no responder á la significación de su nombre, por la negación absoluta á visitar y ser visitada.

Zurullo no sabía qué hacerse con ella, y el día del aniversario de la boda quiso hacerla el regalo de una sorpresa. Y á la hora de sentarse á la mesa recibió la esposa modelo la noticia de que era suya la espléndida finca del Encinar, tantas veces codiciada por ella cuando en sus paseos había llegado cerca de sus muros.

¿Amor ó desamor de Visita hacia su marido? No hay cuestión de psicología, porque la señora de Zurullo, al igual de muchas otras, no tenía psicología. Tenía instinto, instinto de vivir, y si era posible bien, mejor que mal.

XXII

Vulgar es esta historia, pero cierta, y casi todas las historias ciertas son vulgares. Un azar como el ya relatado dió á una mujerzuela marido y posición que infinitas muchachas lindas y educadas no consiguen tan fácilmente.

La suerte, que no se cansaba de beneficiar á la corretoncilla de Madrid, convertida en gran señora de provincias, llegó á ella una vez más. Y fué en la forma de viudez. Zurullo dejó de existir un año de buena cosecha, con lo que fa-

lleció satisfecho. Su viuda, Doña María de la Visitación, recibió entonces todos los homenajes debidos á la consideración en que se la tenía, y á la que atraía sobre ella la posesión de un considerable capital.

XXIII

Y al año siguiente, en una crisis política, aprovechable para abrir el comedor del presupuesto á muchos convidados que no eran de piedra precisamente, Castilleja recibió un nuevo pretor, el nunca bien ponderado Don Facundo García Bermúdez, cuyo breve paso por su insula señalizó por su boda con la viuda de Zurullo, que en aquel punto y sazón ascendió á excelentísima señora, y la construcción de un kiosco en el paseo, que desde entonces tomó su nombre, kiosco sufragado, como todas las esplendideces de García Bermúdez, con el saneado producto de las combinaciones hipotecarias y las ventas copiosas del difunto Zurullo.

¿Necesitaba más la antigua Visita? Sí. Necesitaba sobre sus aureolas de virtud y bondad la de mártir matrimonial. García Bermúdez no era ningún Zurullo, aunque lo parecía. Y cuando terminó la época de su mando, acabó también las paces con su mujer, que, aferrada á su práctica, que tan excelentes resultados había surtido para ella, ni quería ni dejaba de querer á su nuevo esposo, ni se metía en nada que pudiera molestarla ni preocuparla en lo más mínimo.

Marchóse García Bermúdez con el dinero que le correspondía á vivir á sus anchas en Madrid, y quedóse muy satisfecha Doña María de la Visitación con su calidad de ex gobernadora y de dignísima mujer, abandonada por un esposo pérfido. Los castilledenses viéronse pronto edificados por una nueva feliz. La madre de la señora de García Bermúdez, una dama ejemplar, que ni en vida del primer marido de su hija, ni durante la estancia del segundo en el hogar había querido ir á Castilleja por no ser pretexto de disensiones conyugales, decidíase, en vista del abandono de Bermúdez, á dejar su cómoda existencia en Madrid para vivir al lado de su hija, tan necesitada de compañía y de consuelo.

Doña Romualda entró también con pie derecho. Al fin y al cabo era común á ella y á Visita la misma escuela para marchar por la vida. Y por si algo quedase todavía para coronar la

obra de aquellas dos vidas, fué Romualda la que aconsejó á su aventajada discípula un golpe final y magistral. El regalo de un manto riquísimo á la Virgen del Carrascal, que era la más venerada de la comarca, y la fundación de una corte de la misma Virgen. Entonces el propio prelado de la diócesis visitó el palacio de la calle de su nombre y comenzaron á adquirir el mayor grado de autoridad las tertulias de la piadosa señora de García Bermúdez, tan dignamente secundada por su señora madre.

EPILOGO

A los postres de la cena esotérica y misteriosa en el gabinetito de Visita, cuando recordábamos los tiempos ya para ella felizmente pasados, yo ponderaba su habilidad, no sólo para haberse creado aquella posición, sino para saberla sostener.

—Sí—contestó ella—, no descanso para con-

seguirlo, y dedico parte de mi renta á obras piadosas. Un día de estos volveré al Encinar, donde estoy restaurando la capilla de la casa, y á ese fin voy á hacer que venga de Madrid un pintor.

—¿Quién? Porque no sé si será el que me imagino.

—Sí...—dijo entonces Visita—. Es Carlos Valdés.

—¡Ah!...

Después de todo no había habido por medio más que un paréntesis. Paréntesis de años, aunque no muchos. Y su derecho tenía la señora de García Bermúdez, ya que había conquistado la buena fama, á entretenerse de la manera más decorosa posible.

Gracias á sus excelentes condiciones naturales y á la sapientísima dirección de la Romualda, María de la Visitación podía morir hasta en opinión de santidad.

Entretanto era una distinguida señora.

Efectivamente. ¿Y por qué no?

Pedro de Rejido.

✻ LIBROS Y REVISTAS ✻

El demonio de la voluptuosidad.—Es la nueva novela de Alberto Insúa, lujosamente editada por la casa «Renacimiento». *El demonio de la voluptuosidad* superará, sin duda, á los mayores éxitos obtenidos por el famoso novelista de *La hora trágica* y *La mujer fácil*. En esta novela, como en todas las suyas, es Alberto Insúa el escritor flexible, sencillo y elegante que la crítica ha reconocido siempre. Y, en más alto grado que nunca, el novelista ameno y penetrante, psicólogo, costumbrista y satírico al mismo tiempo. Alberto Insúa, traducido ya al alemán y al francés y favorecido por un público numeroso, obtendrá un triunfo indiscutible con *El demonio de la voluptuosidad*. Imposible novela más verdaderamente novela, más llena de encanto novelesco. Insúa, ante todo, cumple su deber de novelista, que es el de interesar y el de distraer. Insúa interesa y distrae tocando todos los resortes de la emoción. Con *El demonio de la voluptuosidad*, la risa y el llanto alternarán en los ojos del lector. La tragedia desgarradora que palpita en el libro, no excluye las páginas pintorescas y de franco humorismo. El estudio profundo de la mujer fina, dulce, inteligente y voluptuosa, casada con un hombre in-

ferior y que traba lucha á muerte contra el ansia de amar contra lo que ella, en su alma candorosa y tímida, cree un pecado, es magistral. Estudio lleno de sutilezas, de claroscuro, de rodeos en torno del ondulante espíritu femenino. Y... ¿por qué no decir que la novela es amarga y desgarrante, que hay sobre ella una espesa nube de dolor? El título no es un gran acierto. *El demonio de la voluptuosidad* está en todas sus páginas, como está en el alma de la heroína, de la bella endemoniada. ¡Qué envidiable, por lo fuerte y lo notable, este libro del autor de *Las neuróticas* y de *La mujer desconocida*!

España y Argentina.—Ilustran el sexto número de esta valiosa Revista hispano-americana, dibujos del excepcional artista andaluz Moya del Pino; fotografías de Amador, y originales de los famosos escritores Miguel de Unamuno, Francisco Villaespesa, Julián de Enciso, Coronel Baldrich, José Enrique Rodó, Vargas Vila, Giuseppe Guerra, José Durbán, Martínez Rivas, Rafael Cansinos, Eugenio de Castro, Carmen García de Castro, Lydia Bolena, Feder Vama, Francisco Giner y Federico Navas.



ESCUELA MATRITENSE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE LA FACULTAD DE DERECHO

FUNDADA EN 1895

ÚNICO CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR INCORPORADO Á LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Preparación por sistema especial de enseñanza mediante el trabajo realizado en las clases, complementado por apuntes-extractos de las explicaciones del Profesor oficial, y división de las clases en secciones, atendiendo al aprovechamiento y aplicación de los alumnos.

Planes abreviados para obtener el Título de Abogado en tres y cuatro años, y de grupos especiales de asignaturas formados para cada convocatoria, mediante los cuales puede obtenerse en brevísimo tiempo. Para Junio próximo se han establecido, entre otros, los siguientes grupos de asignaturas: PRIMERO. Para los alumnos que comiencen la carrera: las tres asignaturas del Preparatorio y las del primer año de Facultad.—SEGUNDO. Para los que tengan aprobado el Preparatorio: las asignaturas del primero y segundo año de la carrera.—TERCERO. Las asignaturas de tercero y cuarto año.—CUARTO. Derecho penal, Hacienda, Civil 2.º, Internacional privado, Mercantil y Procesales.—Los alumnos que empiecen la carrera pueden aprobar, mediante este plan de grupos, tres años de la misma en el curso próximo.

Todo género de garantías sobre el buen resultado.—Matrícula de Honor en todas las convocatorias.—Preparación por apuntes á los alumnos de provincias.

Pidanse Reglamentos: SAN BERNARDO, 85, MADRID



Peluquería
de Señoras

LA COIFFURE de PARÍS

Postizos París invisibles. - Ondulación natural. Peinados alta fantasía. - Bisofé París, creación :: de la casa ::

CORREDERA BAJA, 19
:: :: junto á Lara :: ::

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado. Pesetas, CINCO el frasco

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo

García Guerra, Hijo

JOYERIA MODELO

Pulseras de pedida desde 40 pesetas.—Objetos de plata para bodas y regalos

3, LUNA, 3

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

LUZ NUEVA

Sin instalación de cañerías ni gasómetros se puede tener una luz de incandescencia superior á la de gas de hulla.—Es inxplosiva, no produce humo ni olor.

UNICO CONCESIONARIO EN ESPAÑA

LAORDEN Y C.ª

Calle de Atocha, 43, MADRID

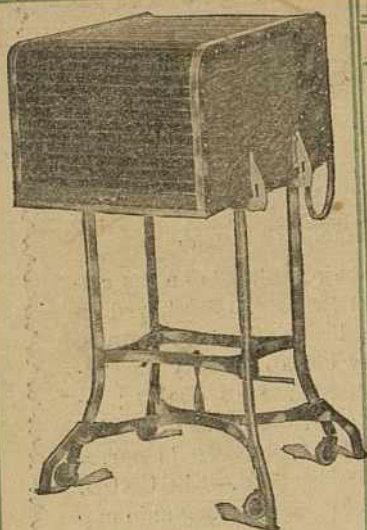
Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

Ayuntamiento de Madrid



LA MESA CERRADA

Una mesa para máquina de :: escribir realmente ideal ::

Es de acero frío endurecido y roble de cinco hojas, indestructible. Medante ruedas giratorias, que operan á comodidad, la mesa puede ser movida al más suave empuje, permitiendo transportarla para el dictado directo ó á una mejor luz, etc.

La máquina estará libre de polvo con sólo cerrar la mesa. Tiene doble llave.

Abierta la mesa presenta un completo "cabinet," al conveniente alcance, con diversos compartimientos para contener papel, sobres, volantes, accesorios, etc. Y amplio espacio para el atril y bandeja de documentos. La cubierta arrollable es también de acero.

Hay dos tamaños para máquinas de carro corriente y de carro grande, números 1 y 2.

PRECIOS

Mesa, núm. 1 125 ptas.

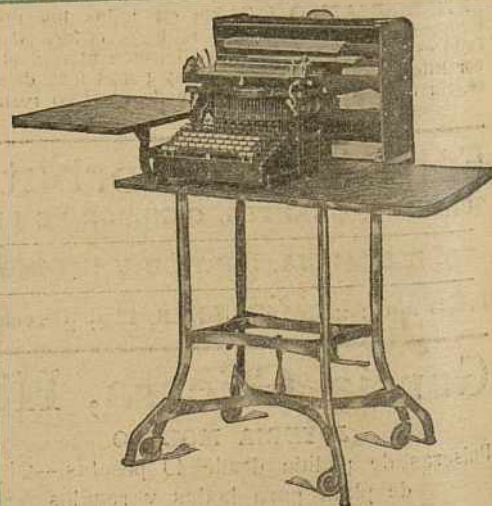
Idem, núm. 2 150 —

Embalaje, 5 pesetas

ASIN

PRECIADOS, 23

MADRID



LA MESA ABIERTA